

COMENTARIO

CARLOS VÉJAR LACAVE

MAESTROS DE AYER

ME GUSTA considerar a la medicina moderna saliendo del espíritu luminoso de *Pasteur*; y me gusta hacerlo porque al igual que *Hipócrates*, buscó en los fenómenos cotidianos la causa de las enfermedades, apartando al empirismo y dando brillo a la ciencia.

Ya *Claudio Bernard*, su contemporáneo, aplicaba esa ciencia a los fenómenos fisiológicos; todo lo que acontecía en el organismo tenía una explicación racional. Si en la sangre y en los tejidos circulaba la glucosa, por fuerza debía haber órganos encargados de su producción, de su asimilación, de su destrucción y de su eliminación. Y esas funciones que él estudiaba en el sano, se modificaban en el enfermo, siguiendo un determinismo inexorable que podía predecirse científicamente.

Virchow, en Alemania, estudiaba en la estructura lo que el gran francés en la función, haciendo nacer la anatomía patológica y buscando también por su lado las causas de la muerte.

Así nació esta Era Científica en nuestra profesión, que crece y crece ante nuestros ojos desde la aventura maravillosa de *Koch*, *Hansen* y *Yersin*, observando y experimentando, cual nuevos Cristóbal Colón, en el mundo de los microbios, hasta los grandes: *Roentgen* con sus Rayos X, *María Curie* con el radio y *Domagk* y *Fleming*, con las sulfas y la Penicilina. ¡Cuánto bien han hecho y cuánto dolor han calmado frecunđando el empirismo con el espíritu científico!

La epopeya de nuestra amada profesión no tiene paralelo en los fenómenos históricos; si cierto es que coinciden las vías paralelas de la medicina y los acontecimientos sociales la primera se ha adelantado en sus concepciones y contempla un panorama que el mundo expectante, aún no acaba de integrar.

Hemos visto ingresar a nuestro terreno las ciencias básicas: como la matemática, la física, la química, la antropología, la psicología, la estadística, la sociología, la política y aun la filosofía y la religión. Ellas fecundan en tal forma nuestra actividad, que puede decirse, sin ningún temor a equivocarse, que lleva camino de desaparecer la medicina individualista y el médico abandona ya el cubículo en donde se sentaba a escuchar las tribulaciones de su paciente, para lanzarse hacia el ajetreo de la comunidad, convivir con hombres de todos los tipos y de todas las designaciones y elaborar un plan que lleve la salud y el bienestar a sus congéneres.

Nunca lo entendieron así nuestros maestros, cortados en el perfil individualista más recalcitrante y que oponían inclusive al avance científico, su antipatía por todo aquello que no fuera la vieja clínica. Entonces y hasta hoy, hay dos posiciones extremas, ambas dañinas. Palpar correctamente el vientre, auscultar metódicamente un corazón o hacer un cuidadoso tacto vaginal eran las metas justas de estos maestros que desdeñaban el laboratorio, y aunque podemos decir ahora que la medicina es mucho más que eso, cabe también afirmar, con especial énfasis, que no puede tampoco estar asentada solamente en los estudios complementarios, que desgraciadamente conquistan cada día más a nuestros jóvenes ejercitantes. Es lamentable, y lo hemos observado con frecuencia, que el interrogatorio sea pobre, que la exploración sea incompleta y que al terminar el examen clínico no haya aún en la mente del médico un diagnóstico, y que espere el resultado de una serie radiográfica, de un examen de materias fecales o de un *Papanicolau* para emitir el veredicto de la enfermedad. Como en tantos casos la virtud está en el justo medio.

No podemos por tanto, olvidar en unos cuantos años la sabiduría de siglos. Muchos recordamos aun maestros respetables que hacían

cual orfebre su diagnóstico, como si fuera una creación artística; que usaba sus manos, sus dedos, la vista, el olfato y el oído; que llevaban en su mente un razonamiento perfecto derivado de semiologías casi perfectas, y que por fin integraban síndromes, verificaban lesiones y buscaban etiologías. No puedo menos, por honor a su memoria, que aconsejar ese camino, sin despreciar tampoco las aportaciones que los tiempos nuevos, en sus múltiples y versátiles exploraciones complementarias, dan al facultativo, para afinar su diagnóstico confirmado o contradiciendo su impresión clínica.